

## **Los visitantes, Rosamarie Müller**

Había dormido sólo un rato cuando me desperté de repente. El perro del vecino ladraba, en las cimas de los árboles susurraba el viento y la casa gemía, como si el techo le pesara. Sentí que mi cuarto estaba claro y al atreverme a abrir los ojos, ví una luminosidad de un azul frío. Toda la habitación estaba bañada en esa luz. Me levanté con precaución buscando la causa y descubrí un rayo de luz azul que subía del libro, que estaba en mi mesilla de noche, se extendía por todo el cuarto y cerca de la ventana salía por la cortina entrecerrada.

Era el libro que había leído antes de dormirme, un regalo de mis amigos bolivianos, y aunque no recuerdo muy exactamente lo que había leído, sé que eran cuentos de fantasmas de los Andes. Cuidadosamente agarré el libro y al instante comprobé con horror que estaba helada como un glaciar milenario. Con un grito retiré la mano de inmediato. Ese frío fue existiéndose por mi cuarto, primero como un hálito, pero más tarde se tornó viento, que hacía ondear la cortina. Sentí gran curiosidad, y hubiera querido levantarme para ver adonde iba la luz azul. Pero me quedé en cama paralizada por el frío y el miedo y al tiempo que me invadía una rara melancolía.

La tarde había transcurrido agradable: Jorge y Clara de Bolivia me habían visitado y charlamos y discutimos hasta la noche. Jorge había relatado la situación en Bolivia y de América Latina entera. Hablamos sobre el futuro de los nuevos gobiernos izquierdistas y sobre el papel de la población indígena, que actualmente está recuperando sus raíces. Los dos bolivianos afirmaron que esa vuelta a los orígenes era un importante aporte a la vida política del país.

Estabábamos bebiendo la segunda botella de vino tinto, cuando llegó mi amiga Simone que vive al otro lado de la calle, diciendo que su hijo no podía dormir y habría tenido que leerle un cuento tras otro. Clara quiso saber, que cuentos leemos los alemanes a nuestros hijos y Simone empezó la lista con la abeja Maja hasta Rübzahl, el espíritu de una montaña. Con la palabra *espíritu de montaña* Clara se sobresaltó:

- ¡Cuenta de ese espíritu! Que carácter tiene? – pidió Clara.

Simone, que conocía a fondo esas narraciones, contó una leyenda tras otra, y Clara, levantando las cejas con asombro, la interrumpió exclamando:

- ¡Es increíble cuanto se parece a nuestro espíritu de las minas – al Tío! - y buscando afirmación, miró a su esposo fijamente.

- Sí, sí - confirmó Jorge, - en el libro que te regalamos, vas a leer mucho sobre los espíritus andinos y nuestros duendes. Pues sabes, pertenecen a nuestra identidad india.

Jorge tomó otro trago de vino y habló del inconciente colectivo como causa de la similitud en las transmisiones de historias. Yo consideré atendibles sus palabras, aunque para mí la similitud en la transmisión de historias se debe a que los pueblos tengan formas de vida similares y por lo tanto dan a ciertos fenómenos “sobrenaturales” las mismas explicaciones.

Así esa noche estaba en mi cama castañeando con los dientes, sin saber si era de frío o de miedo, seguía soplando ese viento en mi cuarto como si se riera burlonamente de mí.

“¡No te duermas, no te duermas!” Las palabras de Clara batieron en mi cabeza, y entonces sentí miedo de Kharisiri, de quien Clara había hablado más tarde: Kharisiri es uno de los demonios más peligrosos y vive en las barrancas

inaccesibles de los Andes. Por la noche se acerca a los hombres en forma de una vicuña blanca y les quita el corazón mientras duermen.

Me recosté relajadamente y sonreí:

- ¡Pero no me digáis que creéis en eso! - dije.

- ¡Lo ví! - exclamó Clara y sus ojos se abrieron desmesuradamente y yo tuve la sensación de que en sus pupilas se reflejaba una vicuña blanca. Clara siguió contando de su noche horrosa en Oruro, cuando Kharisiri iba a hurtatillas por las calles.

- Felizmente conseguí quedarme despierta... - dijo Clara.

Un buen rato nos quedamos sin movimiento y aliento. La música en el fondo paró y sólo escuchamos el tictac del reloj. Simone se levantó y salió rozando el móvil chino que pendía de la puerta: los tubitos de bambú tintintearon con una melodía suave.

- ¿Para qué lo tienes?- quiso saber Jorge.

- De decoración - respondí - y para evitar, que los buenos espíritus abandonen la casa.- añadí.

Estaba sobrecojida.

Mientras tanto el efecto del vino nos hacía hablar más. Estábamos de acuerdo en que existen “ciertas cosas entre el cielo y la tierra” y volvimos a teorizar sobre este asunto. Yo llegué a formular la tesis de que la globalización y el mestizaje cultural conducen a la globalización del mundo de los espíritus. Los demás hicieron suyo ese pensamiento y rivalizamos creando imágenes del tipo: Rubezahl andando por los Andes y Kharisiri caminando por Europa...

El rayo azul atenuó poco a poco, pero me quedé asustada en mi cama:  
¡Mantente sentada!- me decía a mi misma. “¡No te duermas!” - Las palabras de Clara me advitieron.

A la mañana siguiente habíamos quedado para el desayuno en casa de Simone. Jorge y Clara habían pasado la noche en su casa por razones de espacio. Fui por el jardín delantero, que estaba devastado. Simone me esperaba totalmente fuera de sí. Jorge y Clara ya no estaban y sus maletas habían desaparecido también. Fue entonces que reconocí las huellas en el jardín: ¡Eran rastros de vicuña!  
Muchos meses más tarde recibí contestación a mis innumerables correos electrónicos enviados a Bolivia. Jorge y Clara no mencionaban ni una sola palabra de su visita a Alemania. La única memoria que quedó fue el libro, que mucho más tarde me atreví a tomarlo, pero al abrirlo descubrí que sus páginas estaban en blanco.

título: “Los visitantes”

Rosmarie Müller

Ebereschenstr. 36, 15566 Schöneiche

Correo electrónico: [rosi.mueller.schoeneiche@online.de](mailto:rosi.mueller.schoeneiche@online.de)

teléfono: 030/64387190